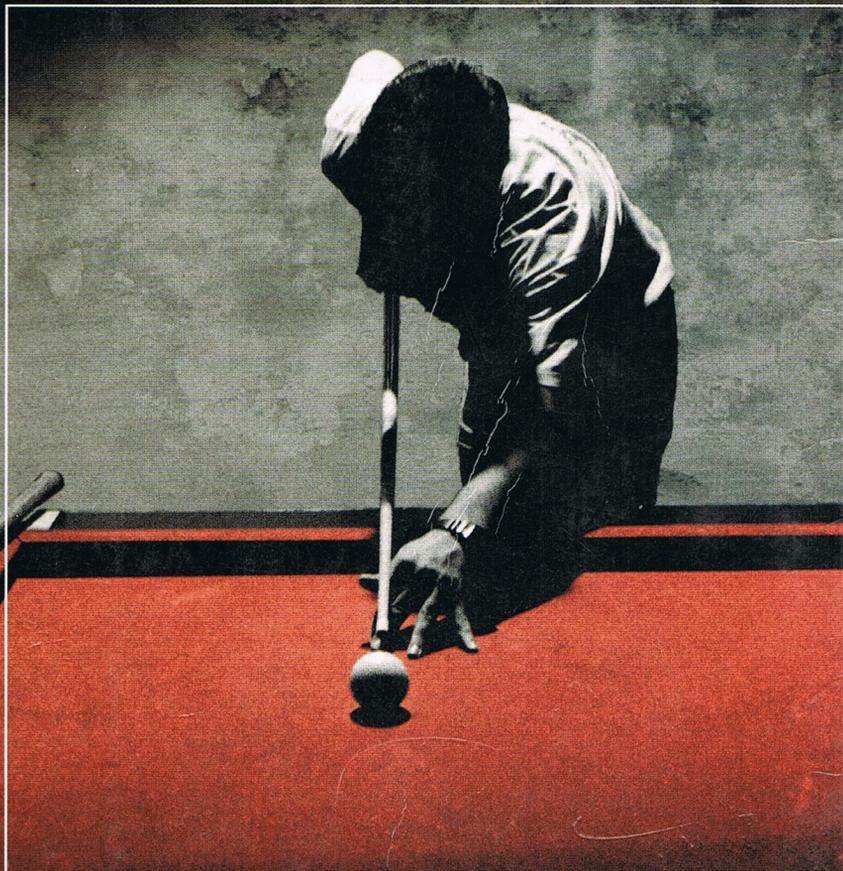


ALFAGUARA



Juan Gabriel Vásquez

El ruido de las cosas al caer



Premio  
ALFAGUARA  
de novela  
2011

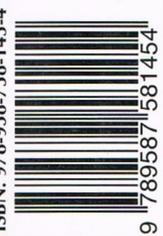


«Este hombre no ha sido siempre este hombre», pensé. «Este hombre era otro hombre antes.»

Tan pronto conoce a Ricardo Laverde, el joven Antonio Yammara comprende que en el pasado de su nuevo amigo hay un secreto, o quizá varios. Su atracción por la misteriosa vida de Laverde, nacida al hilo de sus encuentros en un billar, se transforma en verdadera obsesión el día en que éste es asesinado.

Convencido de que resolver el enigma de Laverde le señalará un camino en su encrucijada vital, Yammara emprende una investigación que se remonta a los primeros años setenta, cuando una generación de jóvenes idealistas fue testigo del nacimiento de un negocio que acabaría por llevar a Colombia —y al mundo— al borde del abismo. Años después, la exótica fuga de un hipopótamo, último vestigio del imposible zoológico con el que Pablo Escobar exhibía su poder, es la chispa que lleva a Yammara a contar su historia y la de Ricardo Laverde, tratando de averiguar cómo el negocio del narcotráfico marcó la vida privada de quienes nacieron con él.

*El ruido de las cosas al caer* es la historia de una amistad frustrada. Pero es también una doble historia de amor en tiempos poco propicios, y también una radiografía de una generación atrapada en el miedo, y también una investigación llena de suspenso en el pasado de un hombre y el de un país.



## Índice

I. Una sola sombra larga	11
II. Nunca será uno de mis muertos	51
III. La mirada de los ausentes	89
IV. Somos todos escapados	127
V. <i>What's there to live for?</i>	167
VI. Arriba, arriba, arriba	211

---

## Nota del autor

Comencé *El ruido de las cosas al caer* en junio de 2008, durante seis semanas que pasé en la Santa Maddalena Foundation (Donnini, Italia), y agradezco a Beatrice Monti della Corte su hospitalidad. Terminé la novela en diciembre de 2010, en casa de Suzanne Laurenty (Xhoris, Bélgica), y también a ella van mis agradecimientos. Entre las dos fechas hay muchas personas que enriquecieron o mejoraron esta novela. Ellas saben quiénes son.

El subdirector de los Cuerpos de Paz en Colombia era un hombrecito delgado y distante, de gafas de marco grueso a la Kissinger y corbata tejida. Recibió a Elaine en camisa, lo cual no hubiera tenido nada de particular si el hombre no usara camisas de manga corta, como si estuviera en el calor insoportable de Barranquilla o Girardot en lugar de morir de frío en estos páramos. Usaba tanta brillantina en el pelo negro que la luz de un tubo de neón podía producir la ilusión de canas prematuras en sus sienes, o de raíces blancas en su carrera nítida como la de un militar. No podía saberse si era norteamericano o local, o un norteamericano hijo de locales, o un local hijo de norteamericanos; no había pistas, ni afiches en las paredes ni música sonando en ninguna parte ni libros en las estanterías, que permitieran conjeturar una vida, unos orígenes. Hablaba un inglés perfecto, pero su apellido —el largo apellido que miraba a Elaine desde el escritorio, grabado en una enseña de bronce que parecía maciza— era latinoamericano o por lo menos español, Elaine no sabía si había alguna diferencia. La entrevista era una rutina: todos los voluntarios de los Cuerpos de Paz habían pasado o pasarían por esta oficina oscura, por esta silla incómoda donde ahora Elaine se soliviaba para alisarse con las manos la larga falda aguamarina. Aquí, frente al delgado y distante Mr. Valenzuela, todos los que habían sido entrenados en el CEUCA

se sentaban tarde o temprano y escuchaban un pequeño discurso sobre cómo se acercaba el final del entrenamiento, cómo pronto los voluntarios estarían viajando a los lugares donde cumplirían su misión, discursos sobre la generosidad y la responsabilidad y la oportunidad de marcar la diferencia. Escuchaban las palabras *permanent site placement* y enseguida la misma pregunta: «¿Tiene usted alguna preferencia?». Y los voluntarios pronunciaban nombres de adquisición reciente y de contenido ignoto: Bolívar, Valledupar, Magdalena, Guajira. O Quindío (pronunciado *Cuindio*). O Cauca (pronunciado *Cohca*). Luego eran trasladados a un lugar cercano al destino final, una especie de escala intermedia donde pasaban tres semanas junto a un voluntario de más experiencia. *Field training*, se llamaba. Todo eso se decidía en media hora de entrevista.

«Bueno, *what's it gonna be?*», dijo Valenzuela. «Cartagena no se puede, ni Santa Marta. Ya están llenos. Todo el mundo quiere ir allá, es por el Caribe.»

«Yo no quiero ciudades», dijo Elaine Fritts.

«¿No?»

«Creo que puedo aprender más en el campo. El espíritu de los pueblos está en sus campesinos.»

«El espíritu», dijo Valenzuela.

«Y uno puede ayudar más», dijo Elaine.

«Bueno, eso también. Vamos a ver, ¿tierra fría o tierra caliente?»

«Donde más pueda ayudar.»

«Ayuda se necesita en todas partes, señorita. Este país está a medio hornear todavía. Piense también en las cosas que usted sabe, las que se le dan bien.»

«¿Las cosas que sé?»

«Claro. No se va a ir a cultivar papas si no ha visto un azadón ni en fotos.» Valenzuela abrió una carpeta marrón que había tenido bajo la mano todo el tiempo, pasó una página, levantó la cara. «Universidad George Washington. Estudiante de Periodismo, ¿no?»

Elaine asintió. «Pero he visto azadones», dijo. «Y aprendo rápido.»

Valenzuela hizo una mueca de impaciencia.

«Pues tiene tres semanas», dijo. «Eso, o convertirse en una carga y hacer el ridículo.»

«Yo no voy a ser una carga», dijo Elaine. «Yo—»

Valenzuela removió unos papeles, sacó una nueva carpeta. «Mire, en tres días me reúno con los líderes regionales. Ahí voy a saber quién necesita qué, y voy a saber dónde puede usted hacer el *field training*. Pero lo que sé con seguridad es que hay un sitio cerca de La Dorada, ¿sabe de qué le estoy hablando? El valle del Magdalena, señorita Fritts. Es lejos, pero no es otro mundo. En el sitio este no hace tanto calor como en La Dorada, porque queda subiendo un poco la montaña. Se va uno en tren desde Bogotá, es fácil llegar y devolverse, usted ha visto que aquí los buses son un peligro público. En fin, es un buen sitio y poco solicitado. Es bueno saber montar a caballo. Es bueno tener un estómago fuerte. Hay que trabajar mucho con los de Acción Comunal, desarrollo comunitario, ya sabe usted, alfabetización, nutrición, esas cosas. Son sólo tres semanas. Si no le gusta, hay manera de echar marcha atrás.»

Elaine pensó en Ricardo Laverde. De repente, tener a Ricardo a unas cuantas horas en tren le pareció buena idea. Pensó en el nombre del lugar, La Dorada, y tradujo en su cabeza: *The Golden One*.

«La Dorada», dijo Elaine Fritts, «me parece bien.»

«Primero el otro sitio, luego La Dorada.»

«Sí, el sitio ese también. Gracias.»

«Bueno», dijo Valenzuela. Abrió un cajón metálico y sacó un papel. «Mire, antes de que se me olvide. Esto es para que lo llene y lo devuelva en Secretaría.»

Era un cuestionario, o más bien una copia al carbón de un cuestionario. El encabezado era una sola pregunta, escrita a máquina en letras mayúsculas: *¿En qué se diferen-*

cia su hogar en Bogotá de su lugar de origen? Debajo de la pregunta había varios apartes separados por espacios generosos, ostensiblemente para ser llenados por los voluntarios con tanto detalle como fuera posible. Elaine contestó el cuestionario en un motel de Chapinero, acostada boca abajo en la cama destendida y olorosa a sexo, usando un directorio telefónico para apoyar la página y cubriéndose las nalgas con la sábana para protegerse de la mano de Ricardo, sus vagabundeos atrevidos, sus incursiones obscenas. Bajo el capítulo *Incomodidades y molestias físicas*, escribió: «Los hombres de la familia nunca levantan el bizcocho para orinar». Ricardo le dijo que era una muchacha quisquillosa y malcriada. En *Restricciones a la libertad de los huéspedes* escribió: «Cierran con tranca pasadas las nueve, y siempre tengo que despertar a mi señora». Ricardo le dijo que era demasiado trasnochadora. En *Problemas de comunicación* escribió: «No entiendo por qué tratan de usted a los niños». Ricardo le dijo que todavía le quedaba mucho por aprender. En *Comportamiento de los miembros de la familia* escribió: «Al hijo le gusta morderme los pezones cuando se viene». Ricardo no le dijo nada.

La familia entera la acompañó a coger el tren en la Estación de la Sabana. Era un edificio grande y solemne de columnas estriadas con un cóndor de piedra en la parte alta de la fachada, las alas extendidas como si estuviera a punto de levantar el vuelo y llevarse el ático en las garras. Doña Gloria le había regalado a Elaine un ramo de rosas blancas, y ahora, al atravesar el vestíbulo con una maleta en la mano y la cartera terciada sobre el pecho, las flores se le habían convertido en un estorbo detestable, una suerte de plumero que se estrellaba contra los otros transeúntes dejando en el suelo de piedra un rastro de pétalos tristes, y cuyas espinas Elaine se clavaba cada vez que intentaba agarrarlo mejor o protegerlo de la hostilidad ambiente. El padre, por su lado, había esperado hasta llegar al andén central para sacar su regalo, y ahora, en medio del ajetreo

de la gente y de las ofertas de los limpiabotas y de las peticiones de los mendigos, explicaba que era el libro de un periodista, que había salido hace un par de años pero seguía vendiéndose, que el tipo era un guache pero el libro, por lo que decían, no estaba mal. Elaine rasgó el papel de regalo, vio un diseño de nueve marcos azules de esquinas cortadas, y en los marcos vio campanas, soles, gorros frigos, esbozos florales, lunas con cara de mujer y calaveras cruzadas con tibias y diablillos bailantes, y todo le pareció absurdo y gratuito, y el título, *Cien años de soledad*, exagerado y melodramático. Don Julio puso una uña larga sobre la E de la última palabra, que estaba al revés. «Me di cuenta después de comprarlo», se disculpó. «Si quiere, tratamos de cambiarlo por otro.» Elaine dijo que no importaba, que por una errata tonta no iba a quedarse sin lectura para el tren. Y días después, en carta a sus abuelos, escribió: «Mándenme lectura, por favor, que por las noches me aburro. Lo único que tengo aquí es un libro que me regaló mi *señor*, y he tratado de leerlo, juro que he tratado, pero el español es muy difícil y todo el mundo se llama igual. Es lo más tedioso que he leído en mucho tiempo, y hasta hay erratas en la portada. Parece mentira, llevan catorce ediciones y no la han corregido. Cuando pienso que ustedes estarán leyendo el último de Graham Greene. Es que no hay derecho».

La carta sigue así:

Bueno, déjenme que les cuente un poco dónde estoy y dónde voy a estar las próximas dos semanas. Hay tres cadenas montañosas en Colombia: la Cordillera Oriental, la Central y (sí, lo adivinaron) la Occidental. Bogotá queda a 8.500 pies de altura en la primera. Lo que hizo mi tren fue bajar la montaña hasta llegar al río Magdalena, el más importante del país. El río corre por un valle hermoso, uno de los paisajes más bonitos que he visto en mi vida, es verdaderamente el Paraíso. El

trayecto hasta acá también fue impresionante. Nunca había visto tantos pájaros y tantas flores. ¡Cómo envidié al tío Philip! Envidié sus conocimientos, claro, pero también sus binóculos. ¡Cómo disfrutaría él aquí! Díganle que le mando mis mejores deseos.

En fin, les hablaba del río. En otros tiempos venían vapores de pasajeros desde Mississippi e incluso desde Londres, así de importante era el río. Y todavía hay barcos por aquí que parecen sacados directamente de *Huckleberry Finn*, no estoy exagerando. Mi tren llegó hasta un pueblo llamado La Dorada, que es donde voy a estar estacionada permanentemente. Pero por disposición de los Cuerpos de Paz, los voluntarios tenemos que hacer tres semanas de *site training* en un lugar distinto del *permanent site* y en compañía de otro voluntario. Teóricamente el lugar de tránsito debe quedar cerca del destino definitivo, pero no siempre es así. Teóricamente el otro voluntario debe tener más experiencia, pero no siempre es así. Yo he tenido suerte. Me pusieron en un municipio a pocos kilómetros del río, en las faldas de la cordillera. Se llama Caparrapí, un nombre que parece diseñado para que me vea ridícula diciéndolo. Hace calor y mucha humedad, pero se puede vivir. Y el voluntario que me tocó es un muchacho terriblemente simpático y sabe muchísimas cosas, en particular sobre los temas que yo ignoro del todo. Se llama Mike Barbieri, es un *drop-out* de la Universidad de Chicago. Uno de esos tipos que te hacen sentir bien inmediatamente, dos segundos y ya sientes que los conoces de toda la vida. Hay gente así, con carisma. La vida en otros países es más fácil para ellos, de eso me he dado cuenta. Ésta es la gente que se come el mundo, la que no va a tener problemas para sobrevivir. Ojalá yo fuera más así.

Barbieri llevaba dos años ya en los Cuerpos de Paz de Colombia, pero antes había pasado otros dos en Méxi-

criada. Con todo, evitó a los Villamil siempre que le fue posible. Una escalera de concreto adosada a la pared exterior de la construcción le permitía subir sin ser vista. Barbieri, afable hasta la impertinencia, nunca la usaba: no había día en que no pasara por la tienda para contar su día, los logros y los fracasos, para escuchar las anécdotas que tuvieran los Villamil y aun sus clientes, y para empeñarse en explicarles a estos viejos campesinos la situación de los negros en Estados Unidos o el tema de una canción de The Mamas & the Papas. Elaine, muy a su pesar, lo veía hacer y lo admiraba. Tardó más de lo debido en descubrir por qué: a su manera, este hombre extrovertido y curioso, que la miraba con desfachatez y hablaba como si el mundo le debiera algo, le hacía pensar en Ricardo Laverde.

Durante veinte días, los veinte días calurosos que duró el aprendizaje rural, Elaine trabajó codo con codo junto a Mike Barbieri, pero también junto al líder de Acción Comunal para la zona, un hombre bajito y callado cuyo bigote cubría un labio leporino. Tenía un nombre simple, para variar: se llamaba Carlos, Carlos a secas, y había algo hermético o amenazante en esa simpleza, en su carencia de apellido, en la cualidad fantasmal con que aparecía para recogerlos en las mañanas y volvía a desaparecer en las tardes, después de dejarlos de nuevo. Elaine y Barbieri, por una especie de acuerdo previo, almorzaban en casa de Carlos, un interregno entre dos jornadas intensas de trabajo con los campesinos de las veredas circundantes, de entrevistas con políticos locales, de negociación siempre infructuosa con los terratenientes de la zona. Elaine descubrió que todo el trabajo en el campo se hacía hablando: para enseñarles a los campesinos a criar pollos de carne blanda (encerrándolos en lugar de dejarlos correr salvajemente), para convencer a los políticos de construir una escuela con recursos de aquí (ya que nadie esperaba nada del Gobierno central) o para tratar de que los ricos no los vieran simplemente como cruzados anticomunistas,

había primero que sentarse alrededor de una mesa y beber, beber hasta que ya no se entendieran las palabras. «Así que me la paso montada en caballos moribundos o hablando con gente semiborracha», escribió Elaine a sus abuelos. «Pero creo que estoy aprendiendo, aunque no me dé cuenta. Mike me explicó que en colombiano esto se llama cogerle el tiro a algo. Entender cómo funcionan las cosas, saber hacerlas, todo eso. Interiorizarlas, digamos. En eso estoy. Ah, una cosita: no me escriban más aquí, que la próxima carta sea a Bogotá. De aquí voy a Bogotá y paso un mes con los últimos detalles del entrenamiento. Luego a La Dorada. Ahí empieza lo serio.»

El último fin de semana llegó Ricardo Laverde. Lo hizo por sorpresa, arreglándoselas él solo, tomando solo el tren a La Dorada y de ahí llegando a Caparrapí en bus y después preguntando, pidiendo señas, describiendo a los gringos de cuya existencia, por supuesto, sabía todo el mundo en los alrededores. Para Elaine no tuvo nada de raro que Laverde y Mike Barbieri se cayeran tan bien: Barbieri le dio a Elaine la tarde libre para que le mostrara el lugar al novio bogotano (usó esas palabras, «novio bogotano») y le dijo que se verían por la noche, para comer. Y esa noche, en cuestión de horas —horas pasadas, es cierto, en mitad de un potrero, alrededor de una fogata y en presencia de una jarra de guarapo—, Ricardo y Barbieri descubrían lo mucho que tenían en común, porque el padre de Barbieri era piloto de correos y a Ricardo no le gustaba el aguardiente, y se abrazaban y hablaban de aviones y a Ricardo se le abrían los ojos al contar de sus cursos y sus profesores, y entonces Elaine intervenía para elogiar a Ricardo y repetir los elogios que otros hacían de su talento como piloto, y luego Ricardo y Mike hablaban de Elaine en su presencia, lo buena muchacha que era, lo bonita, sí, también lo bonita, con esos ojos, decía Mike, sí, sobre todo los ojos, decía Ricardo y soltaban una carcajada y se decían secretos como si en lugar de acabar de

conocerse hubieran sido compañeros de *frat house*, y cantaban *For she's a jolly good fellow* y lamentaban a coro que Elaine se tuviera que ir a otro *site*, *this site should be your site*, *fuck La Dorada*, *fuck The Golden One*, *fuck her all the way*, y brindaban por Elaine y por los Peace Corps, *for we're all jolly good fellows, which nobody can deny*. Y al día siguiente, con todo y el dolor de cabeza del guarapo, Mike Barbieri los acompañó él mismo a coger el bus. Los tres llegaron a la plaza del pueblo a caballo, como colonos de otros tiempos (aunque los suyos fueran jamelgos escuálidos que por nada del mundo hubieran pertenecido a colonos de otros tiempos), y en la cara de Ricardo, que iba cargando cortésmente su equipaje, Elaine vio algo que no había visto nunca: admiración. Admiración por ella, por la soltura con que se movía en el pueblo, por el cariño que le había tomado la gente en sólo tres semanas, por la naturalidad y al mismo tiempo la autoridad innegable con que ella se hacía entender de los lugareños. Elaine vio esa admiración en su cara y sintió que lo quería, que impredeciblemente había comenzado a sentir cosas nuevas y más intensas por este hombre que también parecía quererla, y al mismo tiempo pensó que había llegado a ese punto feliz: cuando este lugar ya no podía sorprenderla demasiado. Ciertamente, había siempre imprevistos, en Colombia la gente siempre se las arreglaba para ser impredecible (en su comportamiento, en sus maneras: uno nunca sabía qué estaban pensando en realidad). Pero Elaine se sentía dueña de la situación. «Pregúntame si le cogí el tiro a la vaina», le dijo a Ricardo cuando se subieron al bus. «¿Le cogiste el tiro a la vaina, Elena Fritts?», preguntó él. Y ella respondió: «Sí. Le cogí el tiro a la vaina».

No tenía manera de saber cuánto se equivocaba.